

VISITA MONSEÑOR ANGELO SODANO
SALÓN DE HONOR

10.10.98

Con la venia del señor Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Universidad

Quiero agradecer al señor Cardenal Juan Francisco Fresno, al señor Nuncio Apostólico, a los señores Obispos, [al señor Presidente de la C. de D.], a las autoridades, a los amigos de la universidad

el que hayan tenido la bondad de venir a acompañar a nuestros directivos, a nuestro Consejo Superior, profesores, estudiantes, funcionarios administrativos

en el acto de recibir en esta Casa, con inmensa alegría y gratitud, al señor Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado de Su Santidad, Legado Pontificio.

Eminencia:

Usted le trae a nuestra Universidad la presencia de S.S. el Papa Juan Pablo II a quien le debemos un tan admirable servicio a la Iglesia, proseguido a costa de cualquier sacrificio por veinte años, y que con su ejemplo y su palabra nos confirma continuamente en la fe.

El Papa ha querido enviarlo como Legado suyo para clausurar el Encuentro Continental de Jóvenes, ocasión privilegiada para encontrar a esa juventud que ha aceptado la palabra de Dios en su corazón, y por medio de la cual la Iglesia se asoma al tercer milenio, ocasión entonces para encontrar a los que serán mañana los mensajeros de sentido para el mundo, los que podrán invitar reiteradamente a sus hermanos a mirar el misterio del Verbo Encarnado en el cual se aclara el misterio del hombre.

Esta Universidad Católica, institución de Iglesia, quiere también llegar a los jóvenes, que son los destinatarios primeros de su misión, y alcanzándolos a ellos, ser a través de ellos, una ayuda en la inmensa tarea de la evangelización de la cultura. La Universidad sabe que ella está llamada por múltiples maneras, a dar un testimonio oficial, público y estable del pensamiento cristiano. Queremos ardientemente ser fieles a esta misión, aunque nadie mejor que nosotros sabe cuántas son las inconsistencias y aun las fallas y debilidades que nos asedian en el estrecho camino que deberíamos seguir.

Por más de ciento diez años esta universidad a la que su fundador el Obispo de Martyropolis D. Joaquín Larraín Gandarillas ligaba al mandato del Señor de ir y enseñar a todos los pueblos, se ha esforzado por asegurar en forma institucional una presencia cristiana en el mundo profesional y universitario, frente a los grandes problemas de la sociedad y la cultura. Ella le da gracias a Dios porque pese a todas las fallas humanas, ella ha ejercido y ejerce una gran influencia sobre la sociedad chilena, hasta el punto de que si uno intenta eliminar en la imaginación a esta universidad, no se entiende la historia de Chile en el siglo XX. Le damos gracias a Dios porque ha movido el corazón de los chilenos a respetar y estimar a las instituciones docentes de la Iglesia, protegiendo su libertad y las condiciones jurídicas de su existencia, como testimonio de que se entiende que en el mismo corazón de la cultura de nuestro pueblo se hallan el amor de Jesucristo y la presencia maternal de la Virgen María.

Queremos proyectar esa labor universitaria hacia el milenio que viene. Nos damos cuenta de que existe en la sociedad una verdadera necesidad de fundamento, de que se advierte que no se puede construir la convivencia humana sobre la base de un encadenamiento de medios y de fines sin sentido, ni se le puede pedir al hombre que se contente con hacer sucesiones indefinidas de preguntas que no llegan jamás a una respuesta. Es la desesperanza de encontrarles un sentido al mundo y a la vida lo que conduce al derrumbe de los valores y puede llevar al más radical nihilismo.

El Santo Padre nos ha dicho que nuestra época "...tiene necesidad urgente de esa forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre". (Ex Corde Ecclesiae n4). Quisiéramos que prestar precisamente ese servicio fuera el impulso para nuestra docencia, nuestra investigación y nuestra extensión.

Es por eso que miramos con gozo y gratitud la incansable predicación de S.S. el Papa Juan Pablo II, la que nos permite reorientar y rectificar nuestro camino, despertando y manteniendo en nosotros el deseo de tener un verdadero corazón de discípulos. Así lo escuchamos cuando nos hizo el inolvidable honor de visitarnos en 1987. Así hemos seguido su enseñanza sobre el valor de la cultura desde los días de su discurso ante la UNESCO, sus cartas encíclicas sobre cuestiones sociales, su proclamación del sentido y la trascendencia de la familia, su vibrante defensa de la vida, para que no llegue la humanidad a vivir en el siglo que viene el horror de una sociedad que construya su bienestar sobre el exterminio de los indefensos. En medio de tantas perplejidades, dificultades, y aun flaquezas, quisiéramos ardientemente estar atentos a la voz del Papa en la que escuchamos la voz de Cristo para nuestro tiempo. Por medio de Su Eminencia, su Secretario de Estado y su Legado, queremos expresarle a Su Santidad el Papa nuestra voluntad de ser siempre fieles a su sagrado magisterio y nuestra filial adhesión a su augusta persona.

Le agradecemos a Su Santidad la delicada muestra de afecto que ha tenido al designar como su Legado a un amigo tan querido de nuestro país, que ejerció por muchos años con celo y talento singulares, la representación diplomática de la Santa Sede, que desde ella sirvió a la Iglesia chilena, y que sirvió de modo notable la causa de la paz entre los pueblos y la causa del respeto mutuo y la pacificación de los espíritus. Su Eminencia llegó a amar a este país y guarda aun hoy en Roma cariñoso y palpable recuerdo de esta tierra. Esa es también una razón para que se abran nuestros corazones a escucharlo.

Para esta universidad singularmente, que lo cuenta entre los suyos como Doctor Honoris Causa, y que se sintió tan apoyada por usted en tantas y tan diversas circunstancias, es singularmente grato recibir al Legado Pontificio de S.S. Juan Pablo II, como a un amigo que está - aunque sea por un instante - de regreso.